

XXX
Certamen

de Poesías y Narraciones Breves

HERMANOS CABA



Pedro
CABA



Carlos
CABA

Excmo. Ayuntamiento de
ARROYO DE LA LUZ



2018



XXX

Certamen de Poesías y

Narraciones Breves

HERMANOS CABA



CERTAMEN LITERARIO HERMANOS CABA 2018

Autores:

Ernesto Tubía Landeras

Javier Díez Carmona

Manuel Terrín Benavides

Miguel Paz Cabanas

Edita:

Diputación Provincial de Cáceres.

Diseño y Maquetación:

Departamento de Imagen de la Diputación de Cáceres.

Impresión:

Imprenta Provincial de la Diputación de Cáceres.

Depósito legal: CC-342-2017

Cáceres, noviembre de 2017.

Prólogo 9

Poesía

Padres Nuestros. *Manuel Terrín Benavides* 15
La Playa de Los Huérfanos. *Miguel Paz Cabanas* 23

Narraciones

El Aliento Frío. *Ernesto Tubía Landeras* 31
El Terror. *Javier Díez Carmona* 57

Certamen Literario Hermanos Caba

CARLOS Y PEDRO CABA LANDA, los Hermanos Caba, han sido unas personalidades arroyanas del siglo xx. En honor a ellos se constituyó en 1988 este Certamen Literario.

Carlos el mayor, nació en 1899. Aunque vio la luz en Zaragoza, antes de cumplir dos años se trasladó con sus padres a Arroyo de la Luz, por lo que siempre se consideró arroyano

Tras la temprana muerte de sus padres, se marchó a Madrid junto con su hermano Pedro. Para poder subsistir, Carlos actuó de guitarrista en un café cantante hasta que, en 1925, aprobó unas oposiciones para funcionario público, empleo que le permitió dedicarse a su vocación de escritor y periodista. En autoría compartida con su hermano Pedro, publicó en 1933 el ensayo Andalucía, su comunismo y su cante jondo, que acaba de conocer su tercera edición. Colaboró de manera asidua en periódicos gallegos y llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia Gallega.

Tradujo del inglés y del francés ensayos de psicología y criminología. Y publicó varias novelas A su muerte dejó manuscritos inéditos de novelas y memorias.

Pedro; vio la luz primera en Arroyo de la Luz, el día 2 de diciembre del año 1900, en la arroyanísima Calle del Rollo, es el gran ensayista, novelista y poeta. Se trasladó a Madrid con su hermano por la causa citada anteriormente, donde comienza los estudios de Filosofía y Letras y Ciencias Exactas, que tuvo que compaginar con diversos oficios para poder subsistir.

A los veinte años publica, en autoría compartida con su hermano Carlos el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo “, perdido en la actualidad. . En Madrid descubre a Jose Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Julián Besteiro. Acude a las tertulias de los Hermanos Machado y traba amistad con Ramón Pérez de Ayala y Federico García Lorca, quien le llama “el sabio inocente”.

En 1930 escribe en colaboración con su hermano Carlos el ensayo sobre el alma andaluza y la música jonda “Andalucía, su comunismo y su cante jondo”, editado en 1933 por la Biblioteca Atlántico. En 1934 escribe su primera novela, Las Galgas, que obtuvo el premio Gabriel Miró tras publicarse en la editorial Juventud. Tras la Guerra Civil fue trasladado a Valencia como funcionario postergado, donde desarrolló una intensa vida cultural. Allí, en el café El Gato Negro, mantuvo una tertulia literaria a la que asistían Angelina

Gatell, José Hierro, Ricardo Zamorano, y Alejandro y Vicente Gaos, entre otros. En 1959 le invitó la Sociedad Antropológica de Buenos Aires para dar una serie de cursos y conferencias. Hacia el final de su vida fue nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura. Su extensa obra literaria y filosófica incluye más de veinte libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

El recuerdo de su pueblo natal, siempre ha permanecido en su obra y su vida, como lo demuestran estas palabras de Pedro:

“Cuando la vida me echó a andar por el mundo, yo también experimenté – y experimento esa agrídulce nostalgia de la ausencia y la emoción triste de su lejanía”.

Prólogo

La cultura, en sus más variadas manifestaciones, es una de las banderas que distingue las actuaciones del Ayuntamiento de Arroyo de la Luz. En el día a día el municipio es ejemplo de cómo mantener el cine en la localidad; no faltan las citas teatrales a lo largo del año; igualmente su biblioteca es eje de diferentes actividades, y buen síntoma de ello, son las repetidas ampliaciones que tienen lugar en sus dependencias; se apoya la cultura musical de la localidad en sus diferentes modalidades... Pero de manera especial se miman los Concursos y Certámenes regionales, nacionales e internacionales que el Ayuntamiento promueve y apoya, relacionados con la literatura, la fotografía, la pintura, el cante flamenco, el cine o el teatro.

Por segundo año me siento orgullosa, al poder presentar esta publicación en formato papel, que gracias al apoyo de la Diputación de Cáceres, hacemos de los ganadores de la ya trigésima edición del Certamen Literario de Poesías y Narraciones Breves Hermanos Caba.

Es un Certamen de gran calado a nivel nacional. No es para menos pues solo en los catorce últimos años, desde 2004, son 1312 los escritores que han participado. Setecientos once como poetas y seiscientos uno en la modalidad de narrativa. Ascendiendo a 1616 el número de obras totales presentadas en este periodo.

Que sean las figuras de Carlos y Pedro Caba quienes abanderan este Certamen es importante no solo como personas con una gran valía literaria, e investigadora; sino como modelos de arroyanos que plantaron cara a las adversidades de la vida y salieron adelante.

Estos dos arroyanos, perdieron sus padres a edad temprana. Las habilidades aprendidas, Carlos tocaba la guitarra, les permitieron sortear las necesidades diarias y costearse sus estudios, compaginándolos con los oficios que surgían. Fueron novelistas, colaboraron en publicaciones científicas y profesionales. Carlos dominaba el inglés y el francés lo que le permitió traducir ensayos de psicología y criminología. Pedro edita el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo”; traba amistad con distintos escritores como José Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Hermanos Machado, Federico García Lorca... su extensa obra literaria y filosófica, permite que hacia el final de su vida sea nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura.

En tus manos tienes la obras de los ganadores en poesía Manuel Terrín y Miguel Paz y en narrativa Ernesto

Tubía y Javier Díez. Es de seguro que su lectura te llegará al corazón, hará que afloren emociones, en algunos casos te cautivará su intriga.

El certamen literario de los “Hermanos Caba” y la publicación de estas obras, muestran el compromiso, la apuesta y relevancia de la cultura en nuestro pueblo, mostrando parte de lo que somos, como bien se define en la marca de nuestra localidad “Arroyo de la Luz, todo lo que somos”.

Agradezco a la Excma. Diputación de Cáceres que haya hecho posible divulgar las obras de estos ganadores.

María Isabel Molano Bermejo
Alcaldesa - Presidenta

The image features a background of a repeating pattern of overlapping, concentric circles in a light gray color. A thin, dark gray rectangular border is centered on the page, enclosing the text. The word "Poesías" is written in a classic, black serif font, centered within the frame.

Poesías

Padres Nuestros

Manuel Terrín Benavides

Las oropendolas

Padres nuestros que estáis en las cavernas
con polvo profanando en cráneos tóxicos,
bajo murciélagos inversos
como trapos colgados,
¿dónde el aliento del primer primate
que modelare el sílex,
maldito origen de la inteligencia?
¿Dónde los ojos secos, el espasmo
–Tronos, Dominaciones–
de la nada?

Latidos remotísimos
ascienden a lo largo
de heridas provocadas tierra abajo
detrás de vuestro origen,
aspergios darvinistas
hacia el fondo del tiempo.

Vamos a cantar juntos el himno del establo
erguidos como mástiles.
Vamos a levantar sobre lamentaciones
La melodía de la protohistoria

con pífanos de uranio.

Padres nuestros que estáis en concreciones

calcáreas, rescatados del olvido

con técnicas feroces,

vosotros somos, australopitecos

triunfantes en orgías de escopetas

que descuelgan el bello parpadeo

- Arcángeles – de plumas sorprendidas.

Primogénitos dioses murieron devorados

por mordiscos tectónicos

y otros nuevos, colmado desatino,

hogueras amamantan, protocolos.

¡Cuánta derrota humilla

cada aurora esta tierra!

¡Cuánta música altísima

Serafines, Potencias –

sobre el abismo emerge!

La paleontología dogmatiza

que todo acaba siendo

como era antes de ser.

Salve, queridos padres antropófagos,

bípedos agresivos, piadosos onanistas,

mamíferos euterios de muecas expresivas.

Salve, sicarios, pitias, concubinas,

cuerpos libres atados

al pentagrama de los huracanes.

Padres nuestros que estáis comprimidos

en sedimentos ocres como

grabadoras geológicas,

con claridad retumban en la piedra
los latidos más hondos
de vuestros corazones.
Todo es marcharse sin dejar vacío
por las rutas del aire.
Todo es un holocausto
de ojos polvorientos.
Basta bañar de azul, saduceos bastardos,
las alas de los ángeles.
Basta la disciplina del genoma,
los rituales funerarios
de las catatumbas,
la conformación de la pelvis,
el mensaje de cruces sin reflejos.

Durban, Maputo, Beira,
Dar es Salam... Sabanas con reliquias
de cacerías sucesivas,
padres equivocadamente ciertos.

Padres que estáis anexionados
al corazón de los reptiles,
a la música del tránsito en la piedra,
a los peces de Anaximandro,
hoy sé que el universo

- Salmo alado: Virtudes, Querubines -
es un mono pensante frente al infinito,
entre verdes hogueras de lujuria.
Hoy sé que nos conduce a vuestro imperio
el alarido de los mataderos,
el holocausto de polluelos

cautivos en su vida acelerada,
zahúrdas con frontispicio de embutidos,
chamanes, hechiceros, corifeos,
holocausto de amor desordenado.
En brazos de Astarté, diosa fecunda,
¿quién no practica en cada santuario
prostitución sagrada?
¡Cuánto abrazo paterno
acumula la música del bosque
después de cada lluvia!
No, no estáis muertos. Vuestros dogmas,
sacrílegos, retumban todavía
en concavidades republicanas,
bajo la resonancia del orgullo.

Padres nuestros que estáis disimulados
entre rizomas, a la luz abiertos
por las excavadoras,
no miréis hacia atrás, hacia el mioceno,
hacia lías jurásicas,
clavad el corazón en vuestros hijo:
explosiones atómicas, sadismo
frenopático, salmos,
ecos de Principados florecidos
manos que desentierran
la serpiente maldita que matara
a la piadosa Eurídice.
Somos vosotros, sí, dedos prensiles
sobre el pestillo de las armas,
epulones triumviri de sagrados festines,

remeros analfabetos seducidos
por hermosas nereidas.
Vosotros somos, sí, vosotros
desde los primeros antropoideos,
cazadores confusos,
hasta la inminente devastación
del planeta.

Biografía

Manuel Terrín Benavides

Manuel Terrín Benavides nace en Montoro (Córdoba), de familia campesina, ejerce de niño en labores de campo, con un paréntesis de escolaridad, se emplea de barquero cuando mozo y estudia luego electrónica aeronáutica, subespecializándose en Equipos de Radar y Microondas, con cursos en Estados Unidos, profesión que ha ejercido hasta la jubilación.

Con 1952 premios literarios, ha sido catalogado por los medios de comunicación del país como el poeta y escritor más galardonado en lengua española, lo que le ha traído muchos sinsabores.

Es Académico de la Real Vélez de Guevara de Écija y Mestre en Gai Saber por la Academia de Lleida.

Lleva publicado treinta y dos títulos, veinticinco de poesía y siete de narrativa, todos ellos – menos cuatro antologías- galardonados: Premio Ciudad de Cuenca, Diputación de Zamora, Dama de Elche, Ciudad de Guadalajara, Universidad de Castilla La Mancha, Diputación Foral de Álava, Ciudad de Guadaira, Poesía del Mediterráneo, Ciudad de Toledo, Orippe de Dos Hermanas, Miguel Hernández de Orihuela, Ciudad de Zaragoza, Lincoln de Miami...

Montoro ha rotulado una calle con su nombre – RONDA DEL POETA MANUEL TERRÍN BENAVIDES –y también lo lleva una activa entidad cultural del Municipio: Agrupación Literaria Manuel Terrín.

Asimismo lleva su nombre una calle de Laguna de Duero, (Valladolid).

La Playa de Los Huérfanos

Miguel Paz Cabanas

Cuencos vacíos y sangre en los dedos,
pellizcos de lodo y camisas apiladas,
escamas brillantes y copiosas
en la sombra cárdena del mísero poblado.

Un vapor de hierro blanco
sobre nuestras cabezas,
los cuerpos resplandecen,
un temblor rubio en olor de pubertad,
pero las sábanas que cuelgan nuestras madres,
nuestras madres muertas,
son la bandera de una patria que solo puedo maldecir.

El país de los huérfanos,
santuario de muros pintados de cal,
rumor de llaves y devocionarios,
el manojo de los misioneros,
el alpiste polvoriento
en la yema de sus dedos,
la medida áspera de sus dedos viejos.

Sentado en la patera,
meses después,
veo la cuerda con mudas tendidas,
pinzas solitarias como orejas puntiagudas
y un cielo sucio,
herrumbroso,
que es un escupitajo de nácar.

Nunca hubo esperanza en este lugar,
nunca,
solo escombros y bolsas,
excrementos y zarzas,
y cuando miro por la borda,
mi alma a punto de partir,
la urgencia en el aire,
imagino a una niña rasgando,
como un pequeño huracán,
las sábanas de la tarde blanca,
los charoles de la tarde oscura,
los despojos moribundos de las madres del alma.

Soy náufrago de cuna,
entre gaviotas negras
y cartones de mendigos,
se demora la tarde,
cierro mi bolsa,
papiros bajo el brazo,
regresaré a las playas,
viejos de ira marchita,
chicas con sueño en los ojos,

no hay corazones en el vaho de los cristales
de los barcos sin mañana.

Me acuerdo de Hamil,
tímido y silencioso,
nunca tuvo suerte,
los zapatos le apretaban los pies,
el labio le colgaba belfo,
sorbando té en la plaza insólita,
a merced de los carroñeros y la brisa helada,
solo en su laberinto.

Pues hay niños que nunca caminarán
por los bosques de Francia,
niños que no viajarán
por la salitre de los mapas,
callan en la penumbra de los barracones
y sostienen, obsesiva,
una pastilla de jabón.

Cuando maduren,
niños tristes y solitarios,
niños con arena en los ojos,
no serán confortados por la luz,
ninguna muchacha se exaltará con ellos,
no tendrán una botella para enviar mensajes,
ni columpios donde balancearse al atardecer.

Niños náufragos y tristes,
hombres solos y desolados,
hombres de Siria,
de Mali,

de Bagdad,
en la escuela de las sábanas blancas,
solo quedan cuencos rotos
por la herrumbre de la soledad.

Biografía Miguel Paz Cabanas

Miguel Paz Cabanas cultiva géneros como el ensayo y el artículo periodístico (es columnista del Diario de León), aunque ha sido en el campo de la novela (es autor de "El viaje del idiota" y "Los abedules enanos", Premio Rafael González-Castell) y el relato donde ha obtenido numerosos primeros premios, como son, entre otros, el Ciudad de Cartagena, José Nogales, Villa de Navia, Colectivo Londres, Ciudad de Martos, Tertulia Guardense, Joaquín Lobato o Ciudad de Pupiales (este último concedido por el Ministerio de Cultura de Colombia). Como poeta ha sido galardonado en el VI Certamen de Poesía Creadores por la Libertad y la Paz de la Fundación Alberto Jiménez-Becerril, XIII Certamen de Poesía Asociación de San Lorenzo y el VI Concurso de Poesía Casino Ferrolano. Es autor de "El viaje del idiota" (Ediciones Baile del Sol), "Memorias de un cabrón resentido" (Ediciones Camparredonda), el libro de relatos "Ángeles, detectives y otros fracasados" (Ediciones Eolas) y del poemario "Oración de la negra fiebre" (Ediciones Eolas).



Narraciones

El Aliento Frío

Ernesto Tubía Landeras

*A mi amigo y compañero, Santi Santolaya,
por seguirme y alentarme en este mundillo literario*

Nada ocurre por casualidad; no creo que exista mejor resumen para esta historia. Desde que su marido se convirtió en una de las víctimas que el asesino del piano había dejado repartidas por la ciudad, la historia de la viuda de Sandro Peña, el tercero de los asesinados, era conocida por todos en una urbe que combatía el miedo a ser el siguiente finado, con historias macabras como la de Isabel Calenda, que desde la aparición de su marido, estrangulado con la cuerda de un piano, salía cada noche, apenas ataviada con un vestido ligero, implorando que el mismo ser que le había arrebatado el aliento a su esposo, se llevara también su último suspiro.

Yo, por aquel entonces, trabajaba en un almacén de logística en un turno rotacional que mantenía perennes unas ojeras renegridas columpiándose de mis párpados. Era un hombre con la cuarta década recién desprecintada, que seguía comportándose como si fuera un adolescente. Me gustaba aquel trabajo porque no resultaba exigente y el día a día era anodino y sencillo.

Trabajaba ocho horas, regresaba a casa, y pasaba el resto del día jugando a la Playstation, dando paseos o masturbándome mientras fantaseaba con mujeres a las que jamás tendría el valor de mirar a la cara.

Aunque el sueldo era bajo no me importaba. Tras la muerte de mis padres, la herencia recibida era lo suficientemente holgada como para permitirme una existencia sencilla. Que yo me conformase con una vida rasa y sin complicaciones, probablemente se debía a que era el último eslabón de un apellido que había hecho fortuna, gracias a la fabricación y distribución de fitosanitarios. Era, sin ningún tipo de dudas, un joven al que se le había dado todo sin ningún esfuerzo, y que con la seguridad que concedía una cuenta corriente bien alimentada, se inmiscuía entre una sociedad a la que no pertenecía, corrompiéndola, como el germen que se introduce en un cuerpo sano y permanece latente antes de extender la enfermedad. Así era yo. Sabía que más temprano que tarde regresaría a una vida acomodada, tranquila. Volvería a la casona del pueblo, donde había vivido mi familia desde hacía tres generaciones, y me dedicaría a gastar lo que yo no había ganado. Pero hasta entonces me divertía llevar una vida impostada, rodeado de seres que consideraba pequeños, inferiores. Me vestía como ellos, hablaba como ellos, comía lo mismo que ellos y trabajaba en el mismo trabajo que ellos. Pero lo hacía con la certeza de saber que no era como ellos. Destacaba como un grano de café en la nieve.

La historia del asesino del piano había corrido por la ciudad como un rumor en boca de un chismoso.

No fue hasta la segunda aparición de un cuerpo, degollado con la cuerda de un piano, cuando la policía dio detalles y la prensa bautizó al homicida. Hecho que se corroboró cuando al cabo de unos meses, una tercera víctima apareció entre los arbustos de un parque del extrarradio, con el cuello sajado por una de las cuerdas que ya se habían hecho famosas. Se trataba de Sandro Peña, uno de los camioneros que solían llegar los miércoles y viernes al almacén, para cargar electrodomésticos de pequeño volumen. Un tipo que resultaba lo suficientemente conocido como para que la noticia fuera llamativa, pero no tanto como para que se convirtiera en traumática.

Yo apenas había hablado con él un par de veces, y había sido para saludarnos, y en una ocasión, para intentar mantener una conversación sobre el reciente Barça-Madrid. Diálogo que, debido a mi total interés por el balompié, murió con apenas un par de frases de cada lado.

—Dicen que su mujer se ha vuelto loca, y que lo que más quiere es que ese asesino, el de las cuerdas del piano, le rebane el pescuezo como le hizo al putero de su marido. Valiente idiota.

Santi era un personaje vocinglero y jocundo, con el que solía compartir las labores de selección por código postal, para las recepciones locales. No se trataba de mi compañía predilecta, dentro del ingente número de compañeros que tenía en el almacén, pero él parecía haberme tomado cierto cariño, y enseguida se acercaba a ayudarme si me veía desbordado con la cantidad de paquetes a clasificar. Cosa que, dada la

apatía con la que afrontaba mi trabajo, era bastante frecuente.

—¿La mujer de quién? —le pregunté, mientras agitaba uno de esos característicos paquetes sin información exterior y con forma de cilindro, que solían enviarse más frecuentemente al llegar la primavera. En más de una ocasión al agitarlo se encendían, y se mantenían vibrando hasta ser recogidos. Lo que hacía enrojecer las mejillas del comprador. En aquella ocasión no sucedió. Tal vez no lo fuera.

—¿En qué cojones estás pensando, en tus videojuegos y chorradas del estilo?! —bramó, voz en cuello —Pues Isabel, la mujer de Sandro, el camionero, el que se cargó el hijoputa ese del piano —continuó, descendiendo súbitamente el volumen de su voz.

—Ah —asentí con apatía.

—Dicen que se pasea por los parques por la noche, medio en pelotas y está buena la jodía —continuó, haciendo caso omiso de mi indiferencia—. Se ha quedado un poco, ya sabes —dijo, girando el índice alrededor de la sien—. Quiere que el asesino ese la pille y le haga lo mismo que a su marido —concluyó, llevando el mismo dedo al cuello, surcándolo de lado a lado.

—La gente habla mucho.

—Y mal —me secundó—. Pero esto debe ser cierto, ya lo han comentado varios por aquí. Hasta Raúl, que ya sabes que no dice mierda, ni aunque tenga la boca llena de ella, contó el martes que la había visto entrar en el Parque del Norte, cuando ya casi ni se veía. En el jodido Parque del Norte, ahí no tiene huevos a entrar ni Chuck Norris —concluyó con un severo ademán negativo de cabeza.

—Debe ser duro.

—Y encima, el polvo que se tiene la moza —continuó— Una rubia de pelo largo y los ojos claros, un poco flaca, pero tiene un morbazo de la hostia. ¿No la conoces?

Negué con la cabeza.

—Pues ahora, además de estar cojonuda, se ha quedado como una puta cabra. ¡Un chollazo, vamos! Una de esas que pillas un sábado por la noche en el Revellín, y te seca a polvos, ya me entiendes —dijo, mientras movía las caderas en un gesto que trascendía de lo obsceno a lo grotesco—. Venga, te dejo, que como baje el cabrón de Rodríguez y nos vea de cháchara, llueve una bronca de tres pares de cojones. Aquí te quedas Pablito, pensando en tus cosas de rari-to —se despidió, dejando sobre la cinta de transporte una caja sospechosa con el membrete de Amazon, que al golpearla levemente contra la guía de la cinta transportadora comenzó a vibrar. Sonreí de forma sibilina y la dejé pasar, convencido de que la vibración no se detendría hasta que, Honorato Palomeque, el destinatario del paquete, lo abriera con prisas tras serle entregado por uno de los muchos transportistas de la distribuidora.

Vi salir a Santi al patio trasero con la cajetilla de Lucky Strike en la mano, de camino a una de las pocas zonas del pabellón que no estaba vigilada por cámaras de seguridad. A pesar de su brusquedad y su forma de hablar, tenía que admitir que era la única persona de la empresa que ponía todo su empeño en poder considerarse mi amigo. No es que yo pudiera decir lo

mismo, aunque he de reconocer que durante el tiempo que duró mi farsa en aquel lugar le tomé cierta simpatía. Un sentimiento que no era óbice empero, como para que le ocultase ciertas cosas, o le mintiera de vez en cuando, como, por ejemplo, cuando le negué que conociera a Isabel, la mujer de Sandro.

En el sentido estricto no mentí, nunca la había visto en persona, ni había escuchado su voz, ni siquiera habíamos intercambiado miradas, pero sí que sabía quién era. Cada vez que Sandro se acercaba con su camión al muelle de carga, y aprovechando su costumbre por emplear nuestros baños para el desahogo intestinal, me acercaba a la cabina y subía al asiento del piloto. Allí, en apenas unos segundos, un par de minutos a lo sumo, me dedicaba a memorizar las diferentes fotografías que formaban un collage por encima de la luna delantera. La pareja no tenía hijos, por lo que todas las instantáneas eran de ellos, o sólo de Isabel. Era una mujer de alrededor de treinta y dos, quizás treinta y tres años. No sobrepasaría el metro sesenta y una melena rubia y lisa, descansaba sobre unos hombros estrechos. En las fotografías que maticaban en primeros planos su rostro, se apreciaban sus ojos celestes, como dos glaciares que restallaban alumbrando una faz suave, armoniosa, donde los labios, pálidos y finos, de esos capaces de helar el universo con tan sólo suspirar, no sabían si sonreír o quebrarse de dolor.

Allí, sentado sobre el cojín con el que Sandro suavizaba sus horas al volante, comprendí que uno puede llegar a enamorarse de alguien sin llegar a conocerlo. A mí me había ocurrido desde el primer momento

en que observé el collage de fotos al pasar por debajo del camión de Sandro y subí por curiosidad, creyendo que, tal y como hacían muchos camioneros, tendría decorada la cabina con desplegados del Playboy, calendarios de mano y recortes de revistas como Clima, Charo Medina o Penthouse. En lugar de eso descubrí a la mujer con la que comencé a soñar desde aquel instante. La misma mujer que Santi decía que había perdido la cordura, por haber, del mismo modo, perdido a su marido.

Un torrente de ideas, a cada cual más descabellada, se arremolinaban sobre mí, susurrándome cientos de posibilidades y todas ellas conducían a Isabel, esa viuda de condición recién desprecintada, que vagaba sin rumbo por los rincones más oscuros de la ciudad y los parajes más luminosos de mis sueños. Buscando la muerte en el mundo real, alimentando mi necesidad de vida en el onírico.

Sandro no había sido la última víctima del asesinato del piano. Desde su muerte, se habían producidos dos nuevos casos. Juan Carlos Calvo, un químico que trabajaba como Técnico de Calidad en una empresa de barnices, había aparecido degollado en un callejón del polígono industrial donde trabajaba. Tan sólo una semana después, José Ángel Moreno, gerente de una fábrica de botes metálicos, corrió idéntica suerte y su cadáver apareció flotando en un parque, donde los peces le habían dejado irreconocible en apenas unas horas. Estas últimas víctimas, sumadas a Sandro y a las dos anteriores a él, convertían el caso del asesinato del piano en un puzle aparentemente irresoluble.

Ninguna de las víctimas tenía relación entre sí. Era como si el asesino les hubiera elegido precisamente por eso, por la total disparidad de aspecto, aficiones, relaciones laborales o cualquier otro detalle que la policía pudiera tener en cuenta. Tan sólo el hecho de que el asesino les asfixiara empleando una cuerda de piano, les ponía en común. Incluso el que utilizara ese tipo de cuerdas metálicas parecía algo casual. Como si lo hubiera elegido al albur en el primer homicidio y dado el buen resultado, hubiese optado por seguir recurriendo a ese elemento, que abandonaba junto a las víctimas sin ninguna huella o indicativo que pudiera dictar su procedencia.

Y de repente dejó de matar. Como un depredador satisfecho hasta el hartazgo, que decide hibernar con el estómago repleto, insensible ante la huella dejada. Simplemente desapareció, así, sin más. Incluso la prensa que se había sustentado con sus dudosas hazñas para nutrir de titulares sus portadas, pareció empeñarse en olvidar a quien había puesto en jaque a toda la policía, y en estado constante de alerta a toda la ciudad. El asesino del piano se transfiguró en esa camiseta de moda, que tras vestirse constantemente durante un tiempo, acaba relegada al fondo del armario cuando un nuevo estilismo la convierte en una prenda obsoleta. En apenas seis meses después del último asesinato nadie en la ciudad parecía recordar que hubo un tiempo en el que un asesino sin nombre convirtió los parques en desiertos, y los callejones en pasajes inhóspitos. Nadie parecía querer acordarse del asesino del piano, salvo dos personas, una mujer de treinta y

tantos años, que paseaba de parque en parque, de callejón en callejón, soñando con correr la misma suerte que había sufrido su marido, y un tipo solitario y taciturno. Un individuo empeñado en vivir una vida que no era la suya, que la seguía cada noche, en la distancia, fantaseando con ser brisa nocturna simplemente para poder acariciar la piel de sus brazos.

No fue complicado encontrarla. La ciudad no era tan grande como para no saber qué lugares resultaban más peligrosos caída la noche. El parque del Norte, el de los Ilustres Literatos, el boulevard de Julio Cortázar, el alto de Valdehormilla. Todos ellos eran lugares donde vencido el astro rey, apenas eran visitados por delincuentes, prostitutas y todo tipo de trapaceros, que hacían que el despistado que se adentraba por esos lares pronto se arrepintiese del descuido. Y eran esos parajes los que Isabel recorría, apenas orlada con un vestido liviano, cuya falda besaba el aire, elevándose y cayendo, al ritmo de sus pasos.

En apenas un mes conocí la liturgia de sus paseos. Los lunes caminaba por el alto de Valdehormilla, los martes por el Parque del Norte, los miércoles recorría con calma el boulevard, los jueves se adentraba en el Parque de los Ilustres Literatos, mientras que los viernes se limitaba a sentarse en un banco del robledal, perdiendo la mirada sobre la negrura del horizonte, donde se recortaba la silueta de los edificios más altos de la urbe.

Cada atardecer salía de casa en dirección al lugar que le correspondiera visitar esa noche. Después, protegido por una distancia que me otorgase cierta discreción, la seguía sin perderla de vista en ningún

momento. A mi obsesión por su belleza se sumó un instinto de protección como no había sentido nunca por nadie. Ni siquiera por mi madre cuando enfermó, y pasó los seis últimos meses de su vida en la cama, sin llegar a recibir ni una sola visita mía. Me limité, únicamente, a recoger sus cenizas en una urna de latón y esparcirla, casi con desprecio, en el mismo lugar que, tres años atrás y con idéntico sentimiento o ausencia de ellos, habíamos diseminado a mi padre.

Sin embargo aquella mujer era distinta. Era ella, sin más. Esa mujer con la que sueñas antes incluso de conocerla y cuya respiración anhelas sentir sobre tu pecho. Puede que su aliento fuera frío, glacial, el aliento de quien ambiciona la muerte como única vía de escape ante un sufrimiento que cree eterno. Pero era un detalle nimio, ridículo. Hay fríos tan intensos que hacen arder, y eso mismo es lo que me ocurría a mí, cada noche, mientras la seguía por los lugares más inhospitalarios de la ciudad, poniendo en riesgo mi propia seguridad. Ardía, me sentía más febril y vivo que nunca.

No en pocas ocasiones amarré el deseo de acercarme a ella, de aparecer súbitamente entre los hierbales del parque o el de asomarme, como un gato curioso sobre los contenedores de los callejones, pero jamás lo hice. Qué hubiera conseguido al hacerlo, sin embargo. En mis vigías había observado como delincuentes de todo tipo la acechaban, se acercaba a ella con intenciones aviesas, y ninguno de ellos conseguía nada de Isabel. Ella, cuando les veía acercarse se detenía súbitamente y cerraba los ojos, entregándose a la suerte que el facineroso considerase adecuada para ella.

Aquella sumisión, lejos de animar al malhechor a continuar con sus planes, les arredraba de tal modo que se sentían desnudos de determinación. Incapaces de hacer nada que pudiera dañar a un ser que emanaba una necesidad absoluta de amparo, optaban por alejarse de ella caminando de espaldas, aterrorizados, como si en lugar de una de las mujeres más magnéticas de la ciudad, se hubieran topado con el mismísimo Luzbel. Cuando eso ocurría. Cuando uno de esos animales nocturnos se acercaba a ella, yo también lo hacía, oculto entre la penumbra entre la que aprendí a moverme con sigilo, silencioso, con los ojos tan abiertos que podían haberseme caído sobre las mejillas, con los nudillos blanqueados por la presión de los puños. Dispuesto a entregarme a los brazos de la parca, vestida con el cuerpo de cualquiera de esos infames, si con ello lograba su supervivencia. A eso se había reducido mi vida, a su salvaguarda.

Cuando pasados seis meses desde que comenzara a seguirla, sucedió lo inevitable, el asesino del piano se había diluido completamente en la desmemoria popular, y yo hacía tres meses que había dejado mi trabajo. No tenía que seguir fingiendo que era quien no era. Detestaba aquel trabajo y todo cuanto representaba, incluso la clase obrera. Me sentía como uno de esos superhéroes adinerados, que emplean su fortuna para vestir trajes repletos de gadgets y proteger al desvalido. Sólo que en mi caso no había traje de ningún tipo, no llevaba máscara y tan sólo me movía la seguridad de una persona, la de Isabel, la mujer que hacía que mi corazón latiera por algo más que por mera costumbre.

Era un dieciocho de abril. Uno siempre recuerda las fechas cruciales de su vida, con mayor precisión que el cumpleaños de un ser querido. Isabel lucía uno de sus vestidos ligeros, de color malva, que bailaba con suavidad por debajo de sus rodillas y se adaptaba al contorno de sus caderas como en un abrazo. Al caminar, los saltos de la falda aireaban unos muslos niveos sobre los que se posaban mis pupilas, incapaces de tomar otro norte que el que guiaran sus pasos.

Mediada la una de la madrugada Isabel caminaba por el centro del parque de los Ilustres Literatos. Se detuvo súbitamente al cruzar frente al claro donde, además de un par de bancos y una fuente seca, se ubicaba un busto de Roberto Bolaño, que hubiera firmado el lampiño más torpe de una clase de preescolar. En un principio creí que me había descubierto. Durante las últimas semanas, para qué negarlo, me volví más confiado y me acercaba más que de costumbre, no me escondía si quebraba una rama al pisarla, ni disimulaba ahogando la tos. Por lo que, perfectamente podía haberme intuido, y hacer lo que hacía siempre, esperarme. Pero no, mientras observaba la escena de su impertérrita quietud desde detrás de un seto, observé como un tipo desastrado, que vestía unos viejos vaqueros, una camiseta con el emblema de Metallica y mucha mugre, salía entre el relieve de un frondoso rosal, con los ojos inyectados en sangre y necesidad.

Fiel a la liturgia establecida desde que empezara con su búsqueda, Isabel cerró los ojos y aguardó. Simplemente esperó que aquel tipo le robara el pulso o, tal y como era frecuente, huyera de allí. Pero el hombre, que frisaría la quinta década de edad, y que por

su aspecto, vivía en aquel parque, no hizo ni lo uno ni lo otro. Se acercó a ella, y ante su inquebrantable quietud comenzó a acariciarle los brazos desnudos, deslizó los mugrientos dedos entre las hebras doradas de su melena. A pesar de la distancia podía escuchar como la respiración de ese despreciable ser se tornaba entrecortada, incluso podía apreciar el modo en que la saliva que expelía salpicaba el rostro de Isabel, que ni siquiera se inmutó cuando le agarró con furia uno de sus pechos, atrapándolo con rudeza, como si fuera un oso apresando un pajarillo hasta asfixiarlo.

No pude contenerme. Había soportado que se le acercasen hombres de todo tipo, incluso algunos que dejaban ver el brillo de armas blancas escondidas entre las mangas, pero aquello era un afrenta hacia mí, hacia el sentimiento que había crecido en mi interior, paseo a paseo, hasta alcanzar una obviedad mayor que cualquiera que hubiera aceptado a lo largo de mi vida; que estaba enamorado de aquella mujer.

Me agaché, recogí una de las rocas que servían para proteger los arbustos de los orines de los perros, y salté al claro gritando voz en cuello. Isabel apenas se estremeció al escuchar mi cólera en forma de aullido, pero su agresor empero, él sí que me escuchó, me vio, me temió al verme acercarme a él con una piedra que era tres veces el tamaño de mi puño. Ni siquiera tuvo tiempo para proteger su rostro, envuelto en una mueca que contraía sus facciones alrededor de la nariz, antes de que descargara la roca con toda mi fuerza por encima de la oreja.

No cayó inmediatamente al suelo, se tambaleó como un púgil demasiado castigado, que se niega a

besar la lona. La sangre, oscura como un mal presagio, le manaba entre la cabellera desgredada, tiéndole el cuello. Me miró aturrido, incapaz de comprender qué había pasado, quién era yo, y sobre todo, cómo podía haber aparecido así, sin más, de entre la oscuridad de un lugar propicio para el delincuente y no para el justiciero. Finalmente se desplomó como un espartapájaros severamente castigado por una tormenta, con los ojos muy abiertos, como si la muerte le hubiera pillado por sorpresa. Porque no era necesaria una certificación para comprender que el golpe había sido mucho más certero de lo que yo hubiera imaginado, incluso pretendido, para qué negarlo.

Mientras las pupilas del agresor se agrisaban contemplando un cielo límpido, me acerqué a Isabel que seguía con los ojos cerrados, rígida como una estatua de sal. Tomé sus manos entre las mías y acerqué mi rostro al suyo, hasta sentir ese aliento gélido que tantas veces había imaginado contener entre mis labios.

Isabel abrió los ojos lentamente, saliendo de un trance que ella misma se había inducido. Al verme allí, tan cerca, trató de esbozar algo parecido a una sonrisa. Pero si eso es lo que era, se trataba de la sonrisa más triste que jamás hubiera contemplado.

—Te he escuchado mil noches, sabía que estabas ahí, aunque nunca había llegado a saber cómo querías salvarme —bisbiseó, mientras toda la ciudad moría a su espalda.

—Estaba ahí para que tú me salvaras a mí.

Aun hoy sigo sin comprender por qué le dije esas palabras, que sólo pude comprender con el paso del

tiempo y la trascendencia de lo que aquel primer encuentro originó.

De repente, su cuerpo quedó laxo y tuve que recogerla entre mis brazos, alzarla, y sacarla del parque como si fuéramos dos recién casados, de camino a la suite nupcial. Una imagen macabra, teniendo en cuenta quienes éramos ambos y que dejábamos atrás un cadáver, aún caliente, como pago a un encuentro que al parecer, ambos sabíamos que se acabaría produciendo.

Podía haberla llevado a su casa. Lógicamente, sabía dónde vivía. Del mismo modo que podía haberla trasladado al hospital. Pero qué clase de apuesta de futuro hubiera sido esa. La cobardía sumada durante todas mis noches de vigilancia merecía una apuesta a todo o nada. Por ese mismo motivo, cuando arranqué el coche después de haberla tendido sobre el asiento trasero, junto a varias latas de Coca-Cola vacías y un par de revistas de Gigantes del Basket atrasadas, decidí que el lugar donde debía despertar era mi casa. Y no me refería únicamente al siguiente amanecer.

Durmió durante toda la noche y buena parte de la mañana. Hasta las once y cuarto, momento en el que abrió los ojos con pesadez y un parpadeo estertóreo, como si estuviera quebrando la crisálida tras la que aparecería en un mundo nuevo, yo había pasado todo el tiempo contemplándola. No la había desvestido. Simplemente la había acostado sobre la única cama que tenía mi apartamento, para después cubrirla con una sábana, lo suficientemente fina, como para que se adhiriese a su cuerpo, dejándome adivinar su desnudez. De vez en cuando, sintiéndome tan sucio como

si acercara mi sexo al suyo, aproximaba mi boca a sus labios, y rescataba ráfagas de un aliento frígido que endurecía mis labios y me quebraba por dentro.

—¿Me has salvado? —me preguntó, cuando se despojó totalmente de la crisálida, y me halló a su lado, sentado sobre un puff de cuero rojo, que hasta ese momento no había servido para otra cosa que no fuera acumular ropa sucia.

—No lo sé —dudé.

—¿Estoy viva?

Asentí con la cabeza en un ademán lento, como si dudase de la respuesta.

—Entonces soy yo la que te he salvado a ti —respondió con seguridad, como si hubiera sido ella la que me hubiese llevado en brazos desde las garras de un posible violador, hasta el lugar más seguro que podía ofrecerme.

A pesar de ello no podía negar que así fuera. Isabel se despojó del vestido como si fuera la muda de una serpiente y tomándome de la mano me trasladó del mundo real al que siempre había soñado, y que se reducía al breve espacio de mi colchón. Un microcosmos en el que nuestros cuerpos comenzaron a orbitar cada vez más cercanos, en silencio, salvándose de una destrucción gracias a una fusión que los convertía en uno, que les acercaba y separaba, en la que compartían humedades y lágrimas. Ella siempre había sabido que yo estaba ahí, cerca. Puede que no conociera mi nombre, ni el motivo por el que la seguía. Pero tal y como yo me había enamorado de su fragilidad, ella había visto renacer un sentimiento obtuso en su interior,

por ese ser protector que vivía y respiraba para que ella también lo siguiera haciendo.

Tras ese primer encontronazo carnal nuestra vida tomó una cadencia tan común y trivial, que bien pareciera que jamás hubiéramos tenido otra existencia que la que tomamos como pareja. ¿Acaso ya lo éramos? A mí no me cabía otra certeza, y sin embargo, cuando la veía pasear por mi casa, desnuda, tan vulnerable como siempre, poseía ese aspecto felino del gato que vive con la ventana abierta, sabiendo que tarde o temprano saldrá a los tejados, para no regresar jamás.

Nunca me habló de su marido, ni lo ye pedí que lo hiciera. No me importaba nada de su vida anterior. Me sentía satisfecho con cada segundo que ella pasaba a mi lado, sin importarme haber sido el primer hombre de su vida. Mi verdadero y único horizonte, era merecer ser el último.

Ni siquiera regresó a su piso. Le compré ropa, productos de higiene, todo cuanto una mujer necesita. Incluso adapté la casa para ella, pareando las mesillas, los cepillos de dientes, liberando estantes del armario y huecos en la librería, que ella pobló con libros de Eduardo Mendoza, Haruki Murakami, Fernando Aramburu o Ignacio Ferrando. Sobre la repisa donde yo había acumulado viejos cedés de grupos como Def Leppard, Aerosmith o Iron Maiden, al poco, les acompañaron aún más viejos elepés de Stan Getz, John Coltrane o Miles Davis.

Isabel fue la primera persona con la que me sinceré, a la que le descorché mi verdad y pasado, sin importarme el juicio que hiciera sobre mí. El hecho de

que jamás hubiera contado a nadie la fortuna heredada, a pesar de mi desprecio hacia unos padres envanecidos y déspotas, se había debido más por el hecho de no querer parecerme a ellos, que por temor a que intentaran aprovecharse de mí y de mi nula eficacia e interés por gestionar el dinero que, paradójicamente, sin que moviera un solo dedo seguía multiplicándose en diversas cuentas bancarias.

Al saberlo no me juzgó, se limitó a escucharme y asentir con la cabeza o formular alguna pregunta inocua, cuando mi soliloquio avanzaba sobre ruedas cuadradas. Cuando concluí la perorata, cargada de rencores pretéritos, fantasmas de abandono y pecados sin expiar, esperé una respuesta, quizá un reproche, cualquier cosa. Isabel empero, se levantó, se tumbó sobre mí, y buscó con habilidad que mi presurosa erección hallase el camino hacia su interior. Desde la primera vez, en la que las prisas y la necesidad hicieron que no tomásemos ningún tipo de precaución, aquella fue la primera vez que hicimos el amor sin barreras. Nuestra relación acababa de tomar un nuevo camino, se había impulsado a golpe de sinceridad y de cadera. Me había abierto casi completamente a ella, aunque ella no hubiera hecho lo mismo, ya que nunca me habló de su pasado con Sandro. Y algo en mi interior me decía que jamás lo haría. Que una vez que había iniciado una nueva vida a mi lado, no quería que ningún fantasma le aferrara un ancla al tobillo.

Cuando se quedó embarazada a los veinte meses de relación, ambos convinimos que debíamos dejar aquel austero y ciertamente insalubre apartamento del

centro, y trasladarnos a la casona de mi familia. Una enorme casa que acabaría derrumbándose si no era habitada. Era un lugar del que seguía recelando, pero con la compañía de Isabel y del latido que comenzaba a vibrar en su vientre, no podía temer a nada que superase la felicidad que iba alumbrando mi día a día.

—No entiendo por qué no puedo ir contigo a acondicionar la casa.

Me lo dijo mientras abarrotaba el maletero del monovolumen con muchas de nuestras cosas y me disponía a viajar hasta la casa, con la idea de adecentarla, dejar que el interior respirase y aventar a los fantasmas, que seguramente campaban a sus anchas entre fotos sepias y agonías pretéritas.

—Hoy es jueves, el sábado, cuando vengas, tendré todo listo —le rebatí, mientras me introducía en el coche y encendía la radio, dejando que John Lee Hooker inundara de jazz el interior —. Entiéndelo, aún queda mucho rencor que barrer en aquella casa, demasiados recuerdos. Cuando llegues será nuestro hogar. Ahora no lo es.

Isabel asintió con la cabeza y salí en dirección a mi futuro, sabiendo que, para hacerme merecedor de él, primero tenía que borrar buena parte del pasado. Antes de despedirme con la mano me posó un beso sobre la mejilla, que me dejó una sensación fría. Su aliento continuaba siendo gélido, era lo único que no había podido atemperar con el paso del tiempo.

Pasé dos días abriendo ventanas, desnudando muebles y liberando fotografías cubiertas por el polvo del abandono. Sacudí alfombras e incluso me afané en silenciar algunas de las cañerías, que como toda

buena mansión, entonaban por las noches una balada metálica y lastimera, que invitaba al escalofrío.

Finalmente, cuando apenas restaban unas horas para que Isabel llegara, alcancé el salón principal de la casa con una enorme maza en la mano. Presidiendo la estancia, a la diestra de una enorme biblioteca, donde reposaban valiosos volúmenes y primeras ediciones, que hubieran hecho salivar al más codicioso de los coleccionistas, se encontraba la boca de una enorme chimenea, en cuyo interior cabían perfectamente en pie, un par de personas de estatura media.

De niño, mi padre abastecía el interior de gruesos tueros de haya, que prendía haciendo que un calor reconfortante se adueñara del salón, incluso en los meses más fríos.

Deseando crear el mismo ambiente para cuando Isabel se estableciera allí, conmigo, me afané en convertir en pequeños trozos de madera el único elemento de la casa que no quería que siguiera allí cuando llegase. En apenas unos minutos el vientre de la gigantesca chimenea rebosaba de madera, astillada, como restos óseos de un muerto reciente. Alcancé un viejo periódico, donde se anunciaba el hallazgo de un valioso legajo en un pueblo del Cameros Viejo, y tras prenderlo lo introduje entre la madera más endeble. Abrí el tiro de la chimenea y las llamas comenzaron a lamer con ansia la madera. En apenas unos minutos el elemento original resultaba irreconocible, devorado por las llamas, transmutado en una amalgama de colores que gruñían en el vientre de la chimenea.

Isabel llegó poco después, cuando la enorme pila de madera se había convertido en unas ascuas llameantes

que desplegaban un calor residual y reconfortaban con tan solo contemplarlas.

Supongo que le impresionó el tamaño de la casa, los techos altos o el mobiliario, incluso, a una ávida lectora como era ella, tuvo que sobrecogerle el número de libros que formaban la biblioteca, pero en ningún momento dijo nada. Simplemente se dejó guiar por los pasillos y habitaciones, posó las maletas en el centro del hall principal, y ambos nos trasladamos hasta el salón, para dejar pasar ahí las últimas horas del día. Era tarde, y esperando su llegada había preparado una cena frugal a base de fruta, que dispuse en bandejas sobre la alfombra del salón, frente a la chimenea.

Se sentó junto a las brasas y se dejó abrazar por detrás. El vientre comenzaba a tomar relieve y había descubierto que no existía sensación más placentera en el mundo, que sentir la vida que se iba gestando en su interior mientras la abarcaba, sabiéndome creador del milagro de la vida.

Ambos contemplábamos los restos del fuego, ignorando completamente la fruta dispuesta para la cena. Isabel, como siempre, tenía razón, aquella enorme casa sería un gran hogar, nuestro hogar.

—Nunca le llegué a amar tanto como te quiero a ti —me confesó por sorpresa, hablando por primera vez de Sandro, desde que nuestra relación comenzara aquella noche en el parque. Una noche tras la que me empeñé en ocultarle el aciago destino que había corrido el tipo que pretendía asaltarla y que resultó, según dijo la prensa, Roberto Arranz, un antiguo albañil caído de desgracia tras la crisis del ladrillo.

No supe qué contestar.

—Si le hubieras conocido te hubiese gustado, era un buen tipo —continuó—. Pero no era el hombre con el que tenía que pasar toda mi vida, ahora lo sé. El destino también lo sabía, y por eso detuvo los dados donde debía.

—Debía serlo para que tú estuvieses con él—le adulé, haciendo caso únicamente a la primera parte de su breve discurso.

Ella sonrió y dio por finalizada la conversación, sellando sus labios con los míos. Después, como si uno de esos fantasmas que pueblan las grandes y antiguas casonas, se lo hubiera susurrado al oído, miró súbitamente hacia el lugar donde la huella de cuatro patas sobre la mullida alfombra, ubicaban el emplazamiento de la pieza del salón que había alimentado el interior de la chimenea y templado el salón.

—¿Qué había ahí?

Miré con desidia hacia ese lugar y me encogí de hombros.

—No lo recuerdo bien —mentí—. Creo que era una de esas mesas de mármol horribles, que tanto gustaban a las madres de antes —continué, sazonando aún más la farsa.

Era una conversación lo suficientemente absurda como para continuarla. Una de esas que han muerto incluso cuando aún se están desarrollando, por lo que Isabel volvió a contemplar el rojo vivo de las ascuas de la chimenea y yo me dediqué a abrazarla con toda mi fuerza. Lo hacía con toda la pasión que había ido acumulando desde que viera sus fotos, ya años atrás, decorando el techo de la cabina del camión de su marido. Parecía tan lejano que bien pudiera tratarse de otra vida. Puede incluso que así fuera.

Continuamos así unos minutos, quizá una hora o puede que toda una eternidad, hasta que las brasas se convirtieron en cenizas y los dos caminamos de la mano hacia la cama, donde nos seguimos amando, tal y como nunca hemos dejamos de hacerlo.

Tras nosotros dejamos un salón, que como el alien-to de Isabel, se iba volviendo frío. Resultaba lógico, a fin de cuentas qué era lo que había empleado para avivar el fragor de la chimenea. Tan sólo un viejo piano de cola al que le faltaban cinco cuerdas, y que en su última canción, la bisbiseada entre el crepitar de las llamas, había jurado que nada se deja al albur del destino, cuando está en tus manos conseguirlo. Que incluso el destino había precisado de cierta ayuda para, como ella había dicho, detener los dados donde nuestra historia debía juntarnos.

Biografía

Ernesto Tubía Landeras

Haro (La Rioja)

Fecha de nacimiento. 13-02-1975

Profesión. Técnico de Laboratorio

Escritor por vocación, y Técnico de Laboratorio porque con algo hay que ganarse la vida, hace una década comienzo a remitir mis escritos a diferentes concursos literarios.

En ese margen de tiempo he conseguido más de doscientos premios literarios, la mayor parte de ellos en el ámbito del relato corto.

En novela, he obtenido los premios “José Luis Castillo-Puche” en Yecla (Murcia), el “Princesa Galiana” convocado por el Ayuntamiento de Toledo, el “Otoño de Chiva” en Chiva (Valencia) o el “Ciudad de Tíjola” en Tíjola (Almería), entre algunos otros.

En el ámbito del relato corto podrían destacarse el “Villa de Iniesta”, “San Esteban de Gormaz”, “Villa de Moraleja”, “Villa de Binefar”, el “Frida Kahlo” en Rivas-Vaciamadrid, el “Castillejo Benigno-Vaquero” en Pinos Puente (Granada) o el “Villa de Mendavia”, entre otros.

Hasta la fecha he publicado las novela “El Mar de Lomé”, Editorial Ochoa, 2009. “El anhelo del diablo”, Uno Editorial, 2014. “El local de Jazz”, Ediciones Quintanar, 2015. “Corderos” Colección Hécula, 2016 y “Mañana hoy será ayer”, DB Ediciones, 2016.

Además, soy colaborador habitual de la revista "Belezos" del Instituto de Estudios Riojanos, con artículos sobre tradiciones culturales de La Rioja.

El Terror

Javier Díez Carmona

El firmamento era el lienzo donde morían las luciérnagas. Desde allí, la luna perfilaba con sombras engañosas y claroscuros inventados las líneas de las viviendas, encogidas en torno a la torre de la iglesia. Tejados hundidos tras años de nieve y abandono, resucitados al abrigo de la noche, sobrevolaban los callejones sin empedrar donde no rebotaban los gritos de los niños camino de la escuela ni flotaba el aroma a leña y pan, a hogar y bienvenida.

Los grillos acallaban el rumor del único vehículo que se atrevía a surcar la carretera, alejada de una vivienda recostada en una ladera de tomillo y rocas maquilladas en ocre y marrón. Era una construcción pequeña y alargada, usada en el origen de los tiempos para recluir el ganado en las noches de tormenta. Una construcción donde jamás se sintió a gusto. Cenar en torno a la raída mesa familiar, rodeada de los rostros serios de sus padres y los silencios temblorosos del abuelo fue lo más parecido a una tortura en esos años de inocencia en que desconocía el significado de la palabra tortura.

Quién iba a pensar entonces que esa casa denostada hasta la saciedad sería el último de sus asideros.

Un golpe vino a rescatarla de esa sima que su mente bordeaba con un empeño rayano en el sadismo. Apoyándose en el bastón, arrastró sus cuarenta y cinco años y sus cuarenta y cinco kilos hasta la ventana de la parte trasera. Allí la noche celaba, como una amante, las bodegas excavadas en la roca donde nadie dejaba envejecer caldo alguno, cuevas abandonadas al capricho de temporales, alimañas o improbables enamorados estivales.

Aunque una todavía mantenía la puerta en su lugar. La puerta que acababa de golpear.

Protegida tras un espejo de tinieblas, Amatista siguió los furtivos movimientos de la anciana que cerraba el pasador y, tras un nervioso vistazo de animal acorralado, desaparecía entre las sombras del sendero.

Dejó pasar los minutos pendiente del eco ahogado de su respiración y el retumbar de unos latidos que le costó reconocer. El terror, materializado en el recuerdo indeleble de las últimas palizas, seguía aferrado a sus entrañas y a las largas cicatrices de su piel como un parásito hambriento de futuros. Y que una sombra clandestina se diluyera cada noche en las entrañas del otero contra el que se recostaba su vivienda, avivaba ese terror al límite de la histeria.

Tomó aire en un esfuerzo baldío de expandir los pulmones, enclaustrados entre costillas mal soldadas, y miles de pequeños alfileres ocuparon el hueco de sus poros. Desde que descubrió las furtivas visitas de la anciana, conciliar el sueño era imposible, no

importaban las infusiones ni las pastillas que su estómago atenazado por los nervios se empeñaba en vomitar. No podría dormir sabiendo que, en algún momento de la noche, una sombra rondaría su descanso. Tenía que hacer algo.

Esperó cinco minutos, contó hasta cien, volvió a contar y, por fin, buscando en la linterna un valor imposible, cojeó hacia la puerta trasera.

Hacía frío. El otoño caía sobre la meseta con desgana de invierno y el viento arrastraba silencios de escarcha y promesas de nieves. Amatista contuvo la respiración y la nostalgia del calor de sus sábanas, confirmó que solo la luna espiaba sus pasos y, con lentitud de prótesis, alcanzó la bodega.

Sabía que, más allá de una puerta cerrada solo con el pasador, un corredor descendía buscando la temperatura idónea para el vino o, quizá, la discreción precisa a la clandestinidad. Y al final de ese pasillo de paredes teñidas de humedad había otra puerta y otro pestillo, cerrado éste con un candado de apariencia inexpugnable.

Inexpugnable, al menos, para una mujer que necesitaba toda su energía para el martirio de seguir viva.

Una vaharada de aire frío la recibió con la caricia de las premoniciones. Paralizada entre dos mundos, entre la estepa de perfiles engañosos y la gruta jironada de tinieblas, trató de reunir los restos de un valor que nunca tuvo. Por fin, encendió la linterna y se adentró en la bodega abandonada.

Despacio, midiendo cada paso con el bastón, avanzó entre cajas podridas y botellas dispersas hasta la

segunda de las puertas. Ahí se detuvo y, conteniendo el aliento, trató de escuchar.

Cerca, muy cerca, se oía una respiración.

No. No era una respiración. Era un jadeo.

El jadeo de la bestia un segundo antes de saltar sobre la víctima.

El jadeo de Jonathan cuando regresaba del bar.

Fue incapaz de sujetar el alarido que trepó por su garganta. Arrastrando los pies y los restos de un alma roída, corrió buscando la salida. Escuchó un golpe contra la puerta y la locura comenzó a roer sus convicciones. El eco imposible de pasos conocidos rebotaba en el hueco de su cráneo. Tropezó, cayó entre restos viejos de vendimias, trató de incorporarse y volvió a caer. No notó el dolor en la cadera, ni el pinchazo en una mano. El terror lo llenaba todo. El mismo terror que anegaba sus recuerdos, que envolvía su presente y opacaba un futuro de grises y sangre.

El terror se llamaba Jonathan.

Pero su marido estaba lejos, encarcelado a más de doscientos kilómetros de distancia. No estaba, no podía estar ahí, babeando frente a su cuerpo entregado, el desprecio en unas pupilas doradas de whisky y frustración. Se obligó a recordarlo cuando cerró la puerta exterior y, recostada contra ella, retomó el control de sus delirios. Allí, en ese silo subterráneo, no había más que un animal que una vieja acudía a alimentar.

Un animal. Tan simple y tan obvio, pensó mientras una sonrisa escuálida intentaba colgarse de sus labios. Apagó la linterna, se aferró al bastón como quien se aferra a una quimera y, arrastrando naufragios, cojeó de regreso hasta la casa.

—Usté se refiere a la Zagala.

—¿La Zagala?

—Sí— el hombre se encogió de hombros, sacó el palillo con que hurgaba entre los dientes, le echó un vistazo de satisfacción y lo devolvió al hueco ennegrecido de las encías. —Aquí todos tenemos un mote, ya sabe. El abuelo de usté era el Provencio, vaya usté a saber por qué. Y a mí me dicen Cachete, lo mismo que a mi señor padre, y al padre de mi padre.

Amatista asintió tratando de contener la impaciencia. Eran los únicos parroquianos en el único bar de la aldea, un local ceniciento donde aromas a matanza y coñac se mezclaban con los hedores llegados del baño y la cocina. De vez en cuando, el rugido de un vehículo rasgaba un silencio de sorbos y gargajos, un silencio que el viejo rompía al ritmo medido de las preguntas de Amatista.

—Era buena mujer, la Zagala— regresar al vaso, hacer bailar la nuez por la garganta, una mirada a la barra, a la botella, antes de retomar una conversación indiferente. —Pero se volvió loca. Lleva más de cuarenta años loca. Desde que pasó todo eso.

—¿Qué pasó?

—Bueno, veré. La Zagala tuvo una hija, pero le salió subnormal.

—¿Perdón?

—Sí. Todos sabíamos que la niña era retrasada.

Muy grandota, muy fuerte, pero tonta. Mongoloide o algo así.

—¿Síndrome de Down?

—¡Eso! Perdóne usted pero yo nunca fui a la escuela. El caso es que la Lolita tenía el Down ése. Bueno, en el pueblo siempre dijimos que era subnormal. Así se decía entonces.

Mati se incorporó, tomó aire y se acercó hasta la barra. El tabernero, más pendiente del corrillo rosa y amarillo del televisor que de clientes siempre repetidos, le sirvió otro vino que dejó delante del anciano. Cachete no se inmutó. Siguió haciendo bailar entre los dedos un palillo sucio, siguió estudiando el póster del Madrid que, comido por el tiempo y la polilla, ocupaba una de las paredes. Ni la bebida despertaba su sed ni la mujer su curiosidad.

—Fue una desgracia lo de la Lolita. No me extraña que el Tamo se diera a la bebida.

—¿El Tamo?

—El marido de la Zagala. El padre de la Lolita.

Silencio. Un trago de vino. Un sorbo de agua, directamente de la botellita de plástico. Algo marrón y alargado corriendo por una esquina. Un coche aceleraba rumbo a destinos de este mundo.

—No debió matarlo.

La frase le pilló desprevenida.

—¿Matarlo?

—Al Tamo. La niña lo mató. Por la espalda, con un cuchillo de cocina. No era mal hombre, el Tamo. Bebía, sí, pero yo también lo haría si mi hijo fuera subnormal. Dijo la Zagala que la niña salió a defenderla.

Pero el Tamo no era violento. La pegaba lo normal. No se merecía eso.

Un zumbido vino a rescatar a Amatista de la pesadilla que cada noche creaba simas en su cama, una pesadilla aderezada con el aliento nauseabundo del anciano. Agradecida a ese asidero al siglo XXI, sacó el móvil y dejó un billete sobre la mesa.

—Le agradezco su historia, Cachete. Tómese otro vino si quiere. Por cierto, ¿qué fue de Lolita? ¿Sigue encerrada después de tanto tiempo?

No respondió de inmediato. Siguió mirando el póster, Camacho acuclillado sobre el balón, Santillana erguido en una esquina, parábola en blanco y negro de tiempos irrecuperables.

—Nunca la pillaron. Mató a su padre y desapareció. Quizá no fuera tan tonta, ¿no cree usted?

Cuando salió, el crepúsculo caía sobre las eras. Los últimos rayos de un sol en retirada rebotaban en las campanas dormidas de la iglesia, y las palabras del viejo giraban en su mente teñidas de incertidumbre. Dedicó un segundo a disfrutar de la cerrada calma del ocaso antes de leer el mensaje recién llegado.

Antes de que el infierno se abriera bajo sus pies.

Jonathan está en la calle. Le han dado un permiso de fin de semana. Ten mucho cuidado.

Los golpes se repetían una y otra vez. Los golpes, y los gritos. Espiando la tremenda quietud del pueblo desde la protección frágil de la vivienda, Amatista

no dejaba de escuchar esos golpes que no pudieron salvarla de un destino peor que la muerte. Golpes impresos a las oquedades de su cráneo durante las angustiosas jornadas en la UCI, durante la rehabilitación interminable y la terapia carente de sentido.

Golpes en la puerta.

En la realidad estanca de tres años atrás, Jonathan sonreía. A pesar de las amenazas de la policía, impotente en el rellano, su sonrisa era cada vez más amplia y salvaje. Y en la realidad presente de una aldea dormida, Amatista era incapaz de sacudirse esa sonrisa enajenada mientras, un cuchillo en la mano, la piel erizada de terror, esperaba la llegada de su marido. Jonathan iría a por ella. Lo sabía. Lo sabía la amiga que le avisó de lo inevitable. Lo sabía el juez, un rostro impreciso tras una orden de alejamiento. Y lo sabía la Guardia Civil, no importaba que careciera de los efectivos necesarios para una mujer sin importancia.

Lo sabía Jonathan.

Y sabía dónde estaba.

Sabía que estaba sola.

El arma pesaba entre sus dedos entumecidos. En el pequeño comedor donde, en una adolescencia olvidada, llegó a pensar que una cena en familia era la peor de las torturas, el aire se espesaba a cada inhalación. Sin coche ni carnet de conducir, sin transporte público ni más vecinos que quince ancianos ocupados en apagarse poco a poco en la soledad de sus sofás, solo podía velar su pánico aferrada a un cuchillo inútil; solo podía rogar un poco de tiempo a un Dios en quien no creía: que dedicara su primera noche en

libertad a putas y cubatas; que el alba la encontrara abordando el primer autobús, no importaba el rumbo ni el destino.

Pero las oraciones de una atea no suelen alcanzar los oídos de los dioses.

Algo se movió en el vértice de su mirada y el corazón trató de abandonar la prisión de su pecho. Una sombra se dibujó en el camino, una sombra de perfiles difusos y caminar extraño. Amatista no fue consciente de cómo el cuchillo resbalaba de entre su dedos, ni de que volcó un jarrón al intentar mantener el equilibrio. Un segundo bastó para devolverla al minúsculo apartamento alquilado en los buenos tiempos, cuando él no dejaba de prometerle palacios y noches de pasión, cuando ella imaginaba que sus esporádicos bofetones eran prueba de amor y virilidad. No podía moverse. Derrumbada sobre la moqueta, piernas y costillas destrozadas por el bate, era incapaz incluso de gritar. Afuera, entre golpes y amenazas, la policía trataba de forzar la puerta mientras Jonathan vaciaba sobre su cuerpo una botella de alcohol de quemar y, sin perder en ningún momento la sonrisa, encendía un cigarrillo.

Un crujido de bisagras anunció que la puerta acababa de ceder.

Jonathan le arrojó la cerilla.

Fue la luna quien vino a devolverle esa cordura diluida entre miedos y recuerdos. Bañada por su luz sin matices reconoció la figura contrahecha de la Zagala. Suspiró, y con ese aliento filtrado entre los restos de los dientes huyeron parte de los temores que la mantenían cautiva. Recordó la conversación de la taberna, olvidada bajo el peso de sus miedos, y la curiosidad

desplazó unos milímetros, solo unos milímetros, al instinto de supervivencia.

La anciana lanzó un vistazo en derredor antes de descorrer el cerrojo y desaparecer en las tinieblas. Amatista, camuflada tras la cortina, seguía desde el anonimato un drama que hasta pocas horas antes no llegó a comprender. Un drama interpretado durante casi cuarenta años frente a las miradas indiferentes, de los vecinos. El drama de una mujer golpeada lo normal por su marido. El drama de una niña demasiado sencilla para comprender esa violencia normalizada; demasiado simple para aceptarla sin inmutarse. Y la gratitud extraña de la madre, que prefirió esconderla en una bodega abandonada a entregarla a las autoridades. Espiando desde su parapeto los coletazos de esa tragedia tan cercana y tan distante, Mati llegó a olvidarse de sus propias cicatrices.

Hasta que lo escuchó.

Fue un susurro muy leve, casi inaudible, que reconoció al instante.

La ventana que miraba al monte acababa de abrirse.

Y regresó el terror. Regresó amplificado, multiplicado hasta paralizarla como a un pajarillo frente a la mirada hipnótica de la serpiente.

Consiguió sacar fuerzas de donde no quedaban, quizá del dolor perpetuo de sus llagas, quizá del mismo pánico empeñado en atenazarla, para abrir la puerta y salir al vacío de una meseta donde a nadie importaba su suerte. Apoyándose en el bastón, trastabillando con angustiosa lentitud, corrió hasta el único refugio cercano a su vivienda: la cueva por donde acababa de desaparecer la Zagala.

Desde el fondo de la bodega le llegó el brillo mortecino de una linterna. Sintió miedo, un miedo diferente al terror desbocado por la presencia del marido. Miedo de aquella gruta excavada en la montaña por picos de otros siglos, miedo del rectángulo amarillo que marcaba los límites de una prisión sin juicio ni condena, miedo de los sollozos que rebotaban contra las paredes, de la voz sibilante que trataba de acallarlos. Pero esos miedos no importaban. Aquel era el único lugar capaz de protegerla.

La estancia era un cuchitril atestado de cajas viejas, cartones y botellas rotas. Por el suelo resbalaban las heces que desbordaban un cubo de metal. Olía a orines, excrementos y senectud. Recostado contra una esquina había un colchón trenzado de lamparones y restos de comida. Pero lo que le cortó la respiración fue la mujer que, de rodillas, se aferraba a la falda negra de la Zagala. Por un momento se vio reflejada en un espejo de tiempo desandado, una pesadilla materializada en la morada de un demonio. La mujer, escuálida y demacrada como ella misma, suplicaba entre lágrimas a la anciana que, erguida lo que la edad le permitía, le ofrecía un cuenco con la expresión distante de un carcelero.

—Por favor, madre, déjeme salir a jugar con las otras niñas.

—¡Calla y vuélvete a la cama! Todavía estás castigada.

—¡Yo no hice nada, madre! ¡Yo no hice nada!

A pesar de que Amatista era incapaz de pronunciar una palabra, incapaz de emitir sonido alguno, la Zagala comprendió que no estaban solas. Cuando se

giró, Mati retrocedió impresionada por la profundidad del odio que iluminaba sus pupilas.

—¿Qué haces aquí?

Tardó en responder. Aquel decorado de pesadilla, los ruegos infantiles de la prisionera, el asco impreso en el rostro ajado de la vieja, le hicieron olvidar su propia fuga, su necesidad urgente de refugio.

Le hicieron comprender algo evidente.

—¡Fuiste tú!

—¿Qué dices?

El miedo huía. El miedo, ese fluido denso y doloroso que llevaba años paralizando músculos y neuronas, abandonaba su cuerpo impelido por una rabia repentina.

—Tú mataste a tu marido— dio un paso al frente y su sombra, agigantada por el fulgor de la linterna, se proyectó en las paredes como un eco lejano de verdad. —Lo apuñalaste por la espalda y culpaste a tu hija. Pero no podías dejar que la interrogaran. Por eso la encerraste en este agujero.

Le bastó ver cómo se opacaban sus pupilas, cómo alzaba el mentón y apretaba los dientes como una aliña sorprendida en un corral, para comprender que había acertado.

—Te libraste de tu maltratador y de la hija que nunca quisiste— las palabras brotaban a la velocidad a la que las imágenes cristalizaban en su mente: una joven arrastrada ladera arriba, encerrada donde nadie la buscaría porque a nadie importaba su destino; una mujer amargada por el fracaso de su maternidad, por la violencia de su matrimonio, interpretando un dolor

que no sentía. —Lo que no entiendo es por qué no la dejaste morir. Habría sido lo más cómodo, ¿no?

En el tono metálico de su respuesta no había culpa ni remordimiento alguno. En todo caso, quizá repicaba un leve timbre de superioridad.

—Es mi hija.

Desde el suelo, Lolita les miraba sin llegar a comprender. Las frases, maceradas en años de silencio, daban vueltas en su mente sin que llegara a aprehenderse de su significado. Excepto una.

—¿Nunca me quisiste?

—Tú calla y...

—Lola— incluso a ella le sorprendió el tono imperativo de su voz, como si la mujer frágil y acobardada que siempre fue hubiera desaparecido sepultada bajo el peso de las tragedias ajenas. —Eres libre— alzó el bastón silenciando el amago de protesta de la vieja. —Sal de aquí. Vete.

Despacio, haciendo crujir los huesos a cada movimiento, Lola se incorporó paladeando la cercanía de una libertad olvidada. En la curva de su sonrisa brillaba una gratitud absoluta, una gratitud primaria, casi animal. Sin una palabra, la mirada clavada en el rostro de la desconocida, abrió la puerta para dar comienzo al resto de su vida.

Y se detuvo.

Allí, recortado entre las sombras por el brillo de la linterna, estaba Jonathan. En una mano, un mechero. En la otra, una botella de alcohol de quemar. En la boca, la sádica sonrisa de sus pesadillas.

—Hola, cariño.

Amatista fue incapaz de retener ese valor que, por unos segundos, le hizo sentirse diferente, poderosa incluso frente a una anciana y su hija desnutrida. Incapaz de soñar siquiera con ofrecer amago alguno de resistencia.

—Por favor, Jonan, por favor...

—Sal de aquí— tomándola de un brazo, su marido la arrastró a las tinieblas de un corredor que era una cárcel, cripta y crematorio. —Y vosotras— señaló al fondo de la estancia, al colchón hediondo y los desechos regados por el suelo —Ahí quietecitas si queréis vivir.

—No.

La voz de Lolita rebotó en la oscuridad doble que envolvía a las mujeres con la firmeza del acero.

—La señora dijo que podía irme.

Durante un segundo fugaz como la esperanza, el tiempo se detuvo. Durante un segundo permanecieron inmóviles, componiendo con sus cuerpos una estampa goyesca en un lienzo de locura. Una anciana regada de arrugas se encogía en el fondo de la gruta donde encerró a su hija durante cuarenta años. Fuera, en el corredor, un hombre de cráneo rapado y brazos llenos de tatuajes sujetaba a una mujer cuyo rostro era una máscara de terror y muerte. Y bajo el umbral que marcaba la frontera de la libertad, otra mujer de piel blanquísima y costillas expuestas bajo los harapos de la blusa apretaba los puños y los dientes con la furia de quien no tiene nada que perder.

—La señora dijo que podía irme— repitió sin retroceder un solo paso.

—A ver, subnormal, tira pa'dentro antes de que...

No pudo terminar. Haciendo ondear los brazos como aspas de molino, Lola cargó golpeando sin mirar y sin pensar. Jonathan apenas tuvo tiempo de soltar a Amatista para proteger su rostro de las afiladas uñas de la cautiva, pero no pudo impedir que la botella volara hasta el interior de la celda, donde se estrelló regando el suelo de alcohol y frustración.

— ¡Maldita puta!

De un empujón se zafó de la muchacha, que aprovechó para correr en busca de la macilenta claridad intuida al otro extremo del pasillo, y entró en la bodega. La Zagala permanecía inmóvil en el colchón. Jonathan le lanzó una mirada de advertencia y se agachó para confirmar con un gruñido que recoger el alcohol era imposible.

Entonces escuchó el golpe de la puerta.

Y el clic inconfundible de un candado.

Le costó comprender lo sucedido. Le costó comprender que su esposa, sumisa, acobardada y siempre dócil, acababa de confinarlo en un cuarto excavado bajo una montaña perdida en un pueblo sin nombre. La linterna, caída entre las cajas, dibujaba a ras de suelo siluetas engañosas; restos de comida a medio pudrir, cucarachas esquivas correteando entre los cartones, botas chapoteando en líquido inflamable. A su espalda, la vieja maldecía su suerte y a su hija, esa malnacida incapaz de agradecer los cuidados prodigados durante cuatro décadas, cuando la voz de Amatista interrumpió su perorata.

—Jonan, cariño.

Jonathan guardó silencio. Había algo en el tono de su esposa, algo desconocido que le hizo estremecer.

—Te has dejado esto.

El zippo resbaló por el hueco de la puerta. Resbaló abierto y encendido, su llama azulada dibujando la trayectoria irreal de un boomerang largos años demorado. Y cuando llegó al charco donde permanecía inmóvil, paralizado de incompreensión, Jonathan comprendió por vez primera el significado del terror.

Biografía

Javier Díez Carmona

Bilbao 1969

Aunque escribo desde siempre, quizá para compensar la parte productivo-aburrida de mi vida (una licenciatura en ciencias económicas y un trabajo de administrativo), no me lo comencé a tomar en serio hasta hace diez años. Al principio fueron relatos cortos, alguno de los cuales obtuvo alguna mención en algún concurso, seguí con novelas cortas dirigidas al público juvenil para después dar el salto a la novela. Y en este tiempo he tenido la suerte de ser premiado en cien certámenes de relato corto, aunque en novela me haya tocado acostumbrarme a quedarme con la miel en los labios: finalista en los certámenes Dulce Chacón (Brunete), Felipe Trigo (Villanueva de la Cañada), Gonzalo Torrente Ballester (A Coruña) y Bellvei Negre (Tarragona). He publicado dos novelas juveniles: La Casa de los Gentiles y La Gruta del Diablo, y otras dos novelas no tan juveniles: Correr a Ciegas, y E-King.

POESÍAS 2018

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

PADRES NUESTROS

AUTOR:

MANUEL TERRÍN BENAVIDES

(Albacete)

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

LA PLAYA DE LOS HUÉRFANOS

AUTOR:

MIGUEL PAZ CABANAS

(León)



NARRACIONES BREVES 2018

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

EL ALIENTO FRÍO

AUTOR:

ERNESTO TUBÍA LANDERAS

(La Rioja).

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

EL TERROR

AUTOR:

JAVIER DÍEZ CARMONA

(Balmaseda, Vizcaya)

